

# **L**UIS ALBERTO DE CUENCA

## LA CÓMPLICE DEL CRIMEN

En el Libro de Oro de la escuela  
donde estudiaba Carlos Baudelaire  
figuraba esta frase lapidaria:  
"El amor es un crimen en que tienes  
que contar por lo menos con un cómplice".  
Pues claro que lo es. Sin duda alguna,  
el amor es un crimen. Otras cosas  
lo son también y pueblan las leyendas  
doradas y las actas de los mártires,  
de manera que no resulta raro  
tildar de crimen al amor. Lo grande  
es lo segundo, lo que atañe al cómplice.  
Desde pequeño supe que la vida  
no tenía otro objeto que la búsqueda  
de un ser que completara lo que falta  
y que perfeccionase lo imperfecto;  
de un ser con el que urdir estratagemas  
para olvidar la muerte y el vacío  
que nos agobian, y para engañar  
la sed, el hambre, el frío, la fatiga  
que cercan nuestra mísera existencia  
con espejismos como la ternura,  
con fuegos fatuos como el del deseo.  
Desde pequeño supe que el amor  
nos conduce hacia arriba, como Gretchen  
a Faust, y que ese cómplice divino  
al que se refería Baudelaire  
te ayuda a separar la paja inane  
del valioso grano, a distinguir  
el bien del mal, lo hermoso de lo feo,  
a superar los múltiples obstáculos  
del vivir cotidiano y a triunfar,  
aun a costa de pérdidas muy serias,  
sobre enemigos tan cualificados

como los celos, la deslealtad,  
el silencio, la duda, la mentira,  
la intransigencia y el aburrimiento.

Te amé desde el principio. Siempre supe  
que te amaría, reina de mis sueños.  
Te amaré hasta el cartel que ponga *Fin*.  
Y aquí estás, a mi lado, con los ojos  
entornados y el alma a flor de labio,  
cómplice hasta el final de nuestro crimen.

[Inédito. Madrid, 19 de julio de 2003].



---

El reloj de Tintín de **Luis Alberto de Cuenca** (Madrid, 1950) señala la hora de la *línea clara*. Sobre todo desde *La caja de plata* (1985, Premio de la Crítica), sus versos se han convertido en modelo de poesía en la que dominio técnico, inteligencia y sensibilidad están al servicio de la claridad. Este profundo conocedor de la cultura grecolatina y los tebeos, de la poesía trovadoresca y el cine ha decidido, como repite uno de sus espléndidos poemas, abrir todas las puertas. Ha sido Director del Instituto de Filología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Director de la Biblioteca Nacional y Secretario de Estado de Cultura. Pero una de las puertas que ha abierto más importantes para nosotros es la de la poesía que atrapa a todo el mundo, especialmente a quienes no están habituados a su lectura.

Para acceder al conjunto de su obra poética la publicación más completa es *Los mundos y los días* (Madrid, Visor, 1998), donde tan sólo no está incluido su libro más reciente, *Sin miedo ni esperanza* (Madrid, Visor, 2002).